
José Julio Perlado

Nació en Madrid en 1936. Doctor en Filosofía y Letras, Redactor-Jefe de “La estafeta literaria”, corresponsal en Roma del Diario “Madrid” y del “Diario de Barcelona” (1963-1965), corresponsal en París del “ABC” (1968-1970). Premio de Novela “Ateneo de Santander”, Profesor Titular en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (1973-2003). Entre sus obras destacan: *El viento que atraviesa* (1968), *Contramuerte* (1984), *Ya aquí no hay nada* (1993), *Lágrimas negras* (1996), *Los agujeros blancos* (1997), *Todo es literatura* (2001), *Diálogos con la cultura* (2002), *El ojo y la palabra* (2003), *El artículo literario y periodístico: paisajes y personajes* (2007), y *París, 1968: crónica de un corresponsal* (2008).

Diálogo con José Julio Perlado: un intelectual entre la imagen y la palabra¹

Alberto Sánchez León: *Una de las cosas que más me han llevado a su lectura ha sido el no haber pactado con la mítica, en sentido despectivo, dualidad que encierra la imagen y la palabra, entendida ésta última como racionalidad o logos, al modo de los clásicos. Sin embargo, creo que hoy es obvio aceptar que estamos insertos en una cultura de la imagen, ¿podría decirnos qué connotaciones estima positivas y cuáles negativas acerca de este hecho?*

José Julio Perlado: Es indudable que estamos inmersos en la cultura

de la imagen. La gente joven, los adolescentes, y los que pronto abandonarán la niñez, han visto desde siempre el televisor como un elemento más de su casa y de su vida. Como el automóvil o como el frigorífico. Edward Albee, entre otros, ha hecho ver este dato. También Foster Wallace, fallecido recientemente. Los ejemplos de autores serían múltiples. Con la imagen se vive, y también se come y se cena ante ella, y la imagen le persigue a uno a lo largo del día.

¹ Agradecemos al Dr. Alberto Sánchez León de la Universidad de Navarra por habernos enviado este diálogo que sostuvo con José Julio Perlado.

Pero querría ya citar aquí unas palabras de George Steiner en “Presencias reales” que dicen así: “Si el niño queda vacío de textos, en el sentido más cabal del término, sufrirá una muerte prematura del corazón y de la imaginación y subrayo “en el sentido más cabal del término” (Yo subrayaría a mi vez, la “muerte prematura de la imaginación”, porque se cree que la imagen la suscita o la amplía más, la enriquece, y no es así; no digamos nada del corazón o del pensamiento). Y continúa Steiner: “El despertar de la libertad humana puede darse también en presencia de cuadros, de música. Es, en esencia, un despertar por medio del pulso de lo narrativo a medida que golpea en la forma estética. Pero parece que son las palabras las que golpean con mayor seguridad la puerta”.

Creo que esta última frase es reveladora. La palabra es la que golpea con mayor seguridad y no la imagen. La imagen golpea instantáneamente, puede estremecer en un segundo, pero golpea la conciencia quizá con menos profundidad. Es decir, su sonoridad queda más pronto amortiguada. Aunque haya imágenes que permanecen fijas y transmiten toda su fuerza. (Pienso en la imagen de Juan Pablo II asomado a la ventana casi el último día de su vida y sin poder hablar: o la imagen de ese mismo Papa de espaldas, sentado

en oración en su capilla privada, sin poder ya moverse mientras el *Via Crucis* romano se desarrollaba sin él. A mí siempre me ha impresionado la imagen de una ejecución. La fotografía del segundo antes de la ejecución y del segundo después. Pienso en Vietnam y en ejecuciones en la calle con disparo de pistola en la sien. Como he dicho en mi novela *Contramuerte* - y ocurre siempre así - este hombre al que van a disparar no ha muerto nunca, ni sabe qué es la muerte, y no nos lo contará jamás. Aquí no hay palabras, sólo imagen. Y esa imagen naturalmente perdura).

Pero volviendo al paralelismo de las palabras y la imagen hay que preguntarse quién pronuncia las palabras. ¿Las madres, como yo digo en “El ojo y la palabra” al hablar de los padres y madres de los escritores? ¿Quién pronuncia esas palabras que marcan? ¿El libro?

¿El profesor? También he dicho al principio de “El ojo y la palabra” que la imagen repetida, aunque conmocione dramáticamente, tiene que ser explicada por la palabra, por el libro, por la cultura, por la sabiduría escrita y, por tanto, leída. Ponía allí el ejemplo de la imagen de las Torres Gemelas y el 11 de septiembre. Me sigue conmocionando cada vez que la veo pero todo el mundo ha tenido que ir a la Historia y a los libros para comprender el “por qué” (si hay algún por qué profundo) de

ese acto del mal. La imagen del mal como mera imagen (como cualquier otro tema) no tiene más remedio que completarse en las páginas de la sabiduría que el pensamiento del hombre ha ido escribiendo durante siglos. La imagen no “explica” el mal, como tampoco el bien. Lo presenta, y ahí se acaba todo. Pero los por qué de las cosas, de la vida, del bien y del mal, no lo revelan las imágenes. En el caso del Papa que he citado antes, para un no creyente, ¿qué significa que este hombre de blanco exponga su dolor? ¿Por qué lo hace? La imagen no lo dice. Y para un creyente, lo mismo. El por qué hace eso un hombre cargado de dolor y por qué asume el dolor, no puede ser más que investigado, en la medida en que puede uno acercarse al misterio, a través del pensamiento, que no está en la imagen sino en la historia de los libros, es decir en la palabra.

Por tanto, estamos indudablemente inmersos en la cultura de la imagen, eso es claro. Habrá que aprender a educar con imágenes, y las nuevas generaciones piden que se les explique así el mundo. Pero eso no basta. Consumir sólo imágenes no hace que penetremos en los secretos del pensamiento. Además, la velocidad instrumental de la imagen es rapidísima. Me refiero a que ya sabemos que tendremos - tenemos

ya - imágenes en el reloj de pulsera o en la minúscula agenda portátil. Paralelamente, las palabras en los mensajes telefónicos se reducen a píldoras de comunicación brevísima. Entonces, ¿cuándo recibimos las palabras reales, las profundas, las de los “por qué”? ¿En la escuela? ¿Y cuando dejamos el colegio o la Universidad? ¿Y cuando ya no tenemos las palabras familiares de nuestros padres educándonos en la medida en que les deja su tiempo libre? Se diría que el hombre, arrojado al vértigo social de la vida corriente, se alimentará de imágenes (¿pero quién decide y quién manipula esas imágenes?), pero es muy difícil que ese hombre se alimente con la lectura. Entonces, ¿cuándo va a enlazar de mayor con la corriente de la sabiduría? ¿Quién va a explicarle a ese hombre los por qué? (Aparte de esto, todos cuantos exponen imágenes en películas o televisión, sobre todo si construyen un guión, y por tanto quieren dar un mensaje a través de la sucesión de imágenes, tienen que profundizar antes en las ideas, y esas ideas suyas las captarán y elaborarán estudiando y comparando testimonios y lecturas, es decir, palabras; las imágenes, en principio, no generan únicamente imágenes. Tienen que tener un sentido, y esa construcción de un pensamiento y de un sentido de la vida es la que tendrá que ir adquiriendo también - a través del

estudio, por tanto de la palabra escrita - quien se dedique a contar una historia vital en imágenes.

A.S.L.: *Si la palabra parece estar devaluada -como lo hace sugerir el propio Steiner cuando habla de la era de la “After Word”, pero a la vez parece que ella misma es necesaria para, con un nuevo prologo abrir un nuevo libro, una nueva era-, entonces, ¿en qué consiste esa nueva palabra, ese nuevo logos de la próxima era? ¿No podría referirse a una recuperación del logos a través de la imagen?*

J.J.P: Me tengo que referir, al hablar de la palabra, al discurso que Benedicto XVI ha pronunciado en septiembre de 2008 en el Collège des Bernardins en París y que estuvo dedicado al mundo de la cultura.

Naturalmente citar a Benedicto XVI en algunos ambientes supone ser tachado quizá de muchas cosas, pero hace ya tiempo que pienso que los vaivenes de la Historia (ahora que estamos sufriendo uno más, con el tema económico y financiero mundial), suponen sólo eso, “vaivenes” - a veces esenciales y muy importantes y de grandes repercusiones -, pero que no pueden ocultar de ningún modo el centro ni la profundidad de las cosas, las esencias. Si se pierde el centro, los vaivenes son los que reinan y hay que preguntarse si el mundo, desde hace años, no va detrás de

los impulsos de esos vaivenes, arrastrado por las modas y modos que ellos comportan, viajando a merced de las corrientes imperantes y haciendo que esas modas y esas corrientes sustituyan a lo capital, es decir, haciéndolo capital.

El centro es el centro, y si uno no tiene un centro vital sobre el que haga girar su vida tendrá que buscarlo y agarrarse a él (Pienso de pasada en el título del libro de Sedlmayr, “El arte descentrado”). ¿El “centro” de una vida intelectual puede ser, por ejemplo, el “postmodernismo”? Eso causaría risa. No habría más que ver, en ese caso concreto, el resumen de los “ismos” que hace Guillermo de Torre para saber que todos pasan y con ellos se llevan épocas y actitudes que son sustituidas inmediatamente por otras. Eso son los “vaivenes”, muchas veces deslumbrantes, que, naturalmente deben ser motivo de estudio y de trabajo, pero que no pueden constituirse como “el centro” o eje de una vida.

Pues bien, sobre el tema tan importante de la palabra, Benedicto XVI -(que ya como prestigioso intelectual firmando sólo Joseph Ratzinger había hablado de este tema varias veces: “Las crisis de las culturas”, por ejemplo, en el libro *El cristianismo en la crisis de Europa*, entre otros) - lo que ha hecho en París es recordar, al hablar de la Palabra y de sus interpretaciones, que “existen

dimensiones del significado de la Palabra y de las palabras que se desvelan sólo en la comunión de esta Palabra que crea la historia. Mediante la percepción de las diversas dimensiones del sentido, la Palabra no queda devaluada, sino que aparece con toda su grandeza y dignidad”.

También ha recordado en ese mismo discurso que, en el mundo de la cultura de la palabra, la biblioteca indica el camino hacia la palabra (Él hace memoria de los monasterios, pero puede aplicarse a todas las épocas, porque eso abarca el tema de las Universidades y de la educación en general del hombre), y también forma parte de ese camino hacia la palabra, la escuela.”Por la búsqueda de Dios - ha dicho- resultan importantes las ciencias profanas que nos señalan el camino hacia la lengua (...) Hace falta no sólo reflexionar en la Palabra, sino leerla debidamente. El mismo leer del individuo es simultáneamente un acto corporal.” Leer, es decir, “entrar dentro”, “penetrar” en el texto, supone ese acto corporal al que acabo de referirme, y ese acto significa esfuerzo, y habría que preguntarse si “ver” imágenes supondría igualmente un “acto corporal”, al menos de la misma intensidad que la lectura penetrante.

(Pero al hablar de todo esto - del paralelismo del encuentro o el

camino hacia Dios con el acto de escribir, o de leer -, no tengo más remedio que referirme a unas frases bellísimas del Maestro Eckehart que yo incluyo en *El ojo y la palabra*: “Tiene que aprender a ir más allá de las cosas, pasando a través de ellas, para encontrar allí a Dios, y tiene que ser capaz de crear activamente a Dios en sí mismo, imitando al que quiere escribir”. Y allí Eckehart va recordando la atención que hay que poner en cada letra para aprender a escribir (lo mismo para leer) y cómo luego, con más libertad, uno va despegándose de las letras y de las palabras para remontarse en el concepto de la frase y, por tanto, del pensamiento).

Estas reflexiones quizá me han desviado un poco de la pregunta, pero vuelvo a ella. Se me pide mi opinión sobre en qué puede consistir esa nueva palabra en la próxima era. La palabra es la palabra y la Palabra con mayúscula es la que ha engendrado a las otras palabras. “En el principio fue la Palabra”, dice San Juan. No dice “En el principio fue la imagen” aunque ahora, en nuestra época, la imagen parece que lo ocupara todo. Ya en mi contestación a la pregunta anterior dije que la palabra en ningún caso puede ser apartada ni olvidada. Lo más que puede hacer es completar a la imagen, explicarla. Pero hay que pensar que quienes han escrito sobre

“la lectura de imágenes” (*Cómo se lee una obra de arte*, de Omar Calabrese, por ejemplo, o *Leer imágenes* de Alberro Manguel, por citar dos obras) no tienen más remedio que emplear palabras para glosar tales imágenes, y no pueden glosarlas con otras imágenes. Por tanto, como ya dije en mi contestación precedente, para crear una historia en imágenes hay que, después de “verla”, edificarla y construirla mentalmente con palabras, que son las que harán en su momento el guión, y luego, para glosar y comentar esas imágenes, también habrá necesidad de emplear palabras. Es decir, siempre - y felizmente - la palabra del hombre.

¿Qué significaría una recuperación del logos a través de una imagen? No alcanzo a comprenderlo. Algo he intentado ilustrar anteriormente. No puede olvidarse que la palabra no es sólo la palabra leída o escrita sino, antes de ello, la palabra hablada, el diálogo, ya en la infancia, enseñado por los padres en el bautismo de cada objeto que mira el niño - mira la imagen del objeto y los padres lo definen con palabras - y lógicamente en la escuela primaria y en los primeros diálogos. La palabra fluye incesantemente por todo ese mundo, y no las imágenes. El diálogo, esencial en la convivencia humana, es un eslabón de palabras y lenguas y no puede ser sustituido por imágenes. Por mucho que se

hable de la devaluación de la palabra, la palabra está ahí, y no se la puede ignorar, despreciar o manipular. El gran problema está en saber si una videoteca, por ejemplo, por sí sola y sin palabras, llena intelectualmente lo que una biblioteca y su lectura pueden llenar. El reto estará en saber cómo se compagina la enseñanza de la sabiduría con el mundo de las imágenes.

A.S.L.: *Con una recuperación de la palabra a través de la imagen me refiero a la posibilidad de ese llegar a esa nueva era de la palabra, que decíamos antes, desde la imagen. Entiendo por palabra no la literalidad del término, sino lo que da sentido a algo, el mensaje, el logos. Si, como usted afirma en El ojo y la palabra, la imagen de por sí es insuficiente, pero por otro lado parece que es hoy lo que predomina, entonces ¿es posible que sólo desde ella, que es lo que hay -salvando las distancias, aunque sabiendo que no es del todo así-, podemos recuperar el logos, esa racionalidad perdida? ¿No es esto, en definitiva, lo que afirma Dostoievski cuando sostiene que “la belleza salvará el mundo”?*

J.J.P.: Empiezo por la alusión final sobre Dostoievski.

Indudablemente, siempre que se sepa contemplar a la belleza y el ojo humano no se distorsione atraído por la fealdad. En estos momentos hay una invasión de fealdad en

muchas partes, desde la ocupación “vanguardista” de ciertos museos intentando imponer muchas veces lo detestable como “arte”, hasta el descenso escalonado del gusto en imágenes chabacanas de cine o de televisión. Es tan obvio que no hacen falta demasiados comentarios.

Entonces, creo que algo importante es educar al ojo en la belleza, no inclinarlo a la fealdad. No es bello todo lo que el hombre hace durante el día y durante su vida. No es bella - hablando claramente - una defecación, aunque sea necesaria para la vida. Y sin embargo, defecaciones se han expuesto en los museos... Por tanto, hay que educar al ojo en la belleza. En mi artículo *Necesidad del asombro* (publicado en Nuestro Tiempo) hablo de recuperar ese asombro y esa sorpresa que tantos han perdido creyendo que ya lo han visto todo.

En mi caso particular, he de decir que hay imágenes sin palabras - sin necesidad de las palabras, imágenes solas, puras imágenes- que siempre me han asombrado y me han remontado a cuestiones profundas. Por ejemplo, las del mundo submarino. Siempre que veo las extensiones del fondo del mar (en fotografías, pero sobre todo en videos, películas, documentales, etc.) “me asombra” esa creación. Precisamente porque está oculta y

tan sólo pueden bajar a ella de vez en cuando aquellos seres humanos con escafandras que nos lo filman. Siempre pienso: ¿por qué Dios ha hecho esto que casi nadie ve? ¿Estas gamas de colores casi infinitos en las aletas de los peces, los movimientos rítmicos de las colas con su belleza inaudita, el encanto de las grutas por las que se cuelan toda clase de animales submarinos, el colorido de las hierbas flotantes, ese mundo inacabable? ¿Quién ve esa belleza de modo continuo? Nadie. Los peces mismos no la contemplan sino que únicamente la viven, y el hombre en su superficie está ajeno a ella, excepto cuando se la presentan. Si pensamos la cantidad de kilómetros de belleza oculta al ojo del hombre que se extiende bajo los océanos inmensos, entonces nos podemos preguntar por la razón de todo ello, que no es una razón de utilidad (que lo es), sino que hay algo más: la utilidad de los peces y cuanto ellos generan podría haber sido creada en una sola tonalidad y con una sola forma, ausente de variantes, y la utilidad hubiera permanecido lo mismo. Sin belleza habría permanecido esa misma utilidad. Entonces, ¿para qué se ha añadido a la utilidad toda esta deslumbrante belleza?

Por tanto, ¿para qué la belleza del mundo submarino? Confieso que cada vez que la veo - y recalco que sin palabras, aquí no me hacen

falta las explicaciones de Custeau, que, por otro lado, agradezco -, todo ese mundo me lleva a Dios, no me lleva al azar. No me imagino al azar como causa de todo ello. Pienso siempre en la frase de San Pablo sobre que ningún ojo vio lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman. Si esto ocurre debajo de nosotros, sin que nadie lo esté viendo en estos momentos, mientras estoy contestando a esta pregunta, ha de haber alguna explicación a tanta belleza. Insisto en que aquí es pura imagen; no hay palabras. No se necesitan palabras. Por tanto, el ojo humano se sumerge en esa belleza casi irrepetible y naturalmente tiende a ella como ante un imán. No creo que ningún ojo humano pueda ver fealdad en ese espectáculo incesante del mundo submarino. (Lo mismo ante la gama de colores de los pájaros, ante las tonalidades del atardecer, etc.).

La imagen, pues, sin palabras, también reina en el mundo. La Creación nos presenta diariamente su imagen nunca repetitiva y esa imagen nos ofrece como en un espejo la Creación. Por tanto, cuando digo en “El ojo y la palabra” que la imagen ha de ser completada por la palabra, creo que es cierto. Pero también hay imágenes sin palabras que nos remontan hacia arriba. Se me pregunta si sólo desde la imagen se puede recuperar el logos,

la racionalidad perdida. Creo que sí. Siempre que ante la imagen mantenga uno el asombro y, a través de esa imagen, al otro lado de esa imagen, se planteen preguntas y busque cada cual su respuesta. Acabo de hacerlo ante la imagen del mundo submarino y podría hacerse con el mundo de la astronomía, por citar alguno más ¿Qué hay detrás de esas bellezas? En la contestación anterior hablé de esas frases del Maestro Eckehart que a mí me gustan tanto y quiero recordarlas íntegras ahora:

“Tiene que aprender a ir más allá de las cosas - aconseja él -, pasando a través de ellas, para encontrar allí a Dios, y tiene que ser capaz de crear activamente a Dios en sí mismo, imitando al que quiere aprender a escribir. Si quiere dominar este arte, tiene que ejercitarse mucho y con frecuencia en él, por difícil y penoso que sea y aunque le parezca imposible. Si hace ejercicios frecuentemente y con gran aplicación, llegará a aprender y obtener este arte. En primer lugar tiene que pensar en cada una de las letras y representárselas firmemente. Después que ha llegado a poseer el arte de escribir, no necesita pensar en cada una de las letras, ni necesita la ayuda de la imaginación. Escribe libremente y sin dificultad alguna lo mismo cosas pequeñas que grandes obras que han de surgir por medio

de su arte. A él le basta no saber que en un momento dado tiene que ejercitar su arte. Y bien que no piense siempre en él, y sea lo que quiera en lo que piense, lleva a cabo la obra mediante su arte”.

Creo que este texto- por su doble versión, hacia la escritura y hacia Dios, es decir, en el terreno humano, hacia la palabra, no en su literalidad, sino a lo que da sentido a algo, el mensaje, el *logos* - puede servir muy bien para entender cómo ha de remontarse uno por encima de la mera palabra hacia el concepto y cómo ha de remontarse uno por encima de la mera imagen también hacia el *logos*, hacia el mensaje. Como antes he dicho, siempre que nos “asombremos” de las maravillas que nos rodean, esa imagen no se quedará encerrada en sí misma sino que nos hará atravesarla para llegar a una pregunta que está detrás. A través de la imagen llegaremos sin duda a esa nueva era de la palabra, a que nos explique, en la medida en que se puede, el misterio del mundo. ¿Quién ha creado la Belleza? ¿Se ha creado a sí misma y por sí misma? También en *El ojo y la palabra* incluí la referencia a Rilke: “Entonces, aproxítese a la Naturaleza” y este texto de San Agustín que puede ir unido a la frase de Dostoievski:

“Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar (acabo

de hablar del mundo submarino), interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo...interroga a todas estas realidades. Todas te responden: Ve, nosotras somos bellas. Su belleza es una profesión (*confessio*). Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién la ha hecho sino la Suma Belleza (*Pulcher*), no sujeto a cambio?”

A.S.L: *Si hemos sostenido que estamos inmersos en una cultura de la imagen, ¿es entonces el artista quien tiene la última palabra?*

J.J.P: Indudablemente es el artista el que tiene la última palabra. Él tiene que entregar a los demás la imagen como si fuera una palabra (por darle la vuelta un poco a esta frase), y a la vez él es el que tiene que mostrar la imagen estética que a su vez es reflejo proyectado desde el centro y desde lo alto, desde lo profundo, por la gran Imagen. Hablando de poesía e inspiración, Pieper recuerda en “Entusiasmo y delirio divino” que la poesía procede de un estado del alma que es antes bien un estar-fuera-de-sí, que un estar-en-sí, y este estar-fuera--de-sí no ha sido provocado por vino, veneno o drogas, sino por un poder superior. La verdadera poesía, dice Pieper, tiene, pues, su origen en la inspiración divina.

Sin adentrarme ahora en esto, que nos llevaría muy lejos, lo que inspira o transpira el centro de la Imagen o de la Palabra es el descubrimiento por parte del artista de la imagen creadora o la palabra creadora. En “El ojo y la palabra” comento que, Van Gogh, por ejemplo, no ha creado el azul, tampoco Picasso, tampoco Miró. Son todos “subcreadores”-en frase de Tolkien - y lo que descubren son las formas o los reflejos de la gran Creación en donde sí está ya creado el Azul desde el principio de los tiempos. También cito ahí las palabras de Cézanne a Émile Bernard en una de sus cartas: “...las líneas paralelas al horizonte dan la extensión, es decir, una sección de la naturaleza o, si Vd. prefiere, del espectáculo que el “Pater Omnipotens Aeterne Deus” despliega ante nuestros ojos”. Todo esto significa para mí que el artista sí tiene la última palabra en muchos sentidos: está dotado gratuitamente de una capacidad de observación, contemplación y arrebató ante la Belleza que seguramente otros muchos no poseen y que, sin embargo, sí están dotados para otras cosas. El artista, pues, se siente impelido a recoger esa Belleza que descubre y que contempla y a transmitirla a su modo y manera, con sus técnicas propias. En ese aspecto sí tiene la última palabra, porque, aunque él no lo quiera, en cierta medida se siente obligado

interiormente a reflejar esa belleza. Aunque no quiera, nota que no tiene más remedio que hacerlo. Se diría que no sirve para otra cosa. En ese caso, no sería fiel a su vocación de artista si no lo cumpliera.

Por tanto, el artista sí tiene la última palabra en esta cultura de la imagen. ¿Quién, si no, la va a tener? Él es responsable de saber contemplar la Imagen con mayúscula (o las imágenes que transmite el mundo), y él es el responsable de transmitir la imagen o imágenes a los demás. Maritain tiene un libro pequeño y muy valioso, “La responsabilidad del artista”, que analiza muy bien estos temas. Paralelamente a esto hay que recordar las palabras de Dionisio el Aeropagita que dicen: “Dios llama (kaloun) a todas las cosas a sí, por eso se dice que es kallos (belleza). Y un teólogo del siglo XIII, Ulrich de Estrasburgo, dice también: “Dios llama a él a todas las cosas, como lo deseable llama al deseo”. Por ello, como decíamos anteriormente, Dios llama a sí a todas las bellezas menores y a todas las interpretaciones humanas y estéticas de todas las bellezas. De lo deseable de la Belleza que contemplamos nace el deseo del artista por copiarlo, interpretarlo, entregarlo y, por parte de quienes no son específicamente artistas, el deseo, podríamos decir, de apropiárselo, el deseo de convivir con ello largo tiempo, el tiempo

mayor posible. Aunque a nuestro rápido entender no nos quepa en principio en la cabeza que no nos pueda cansar una puesta de sol, la verdad es que la belleza de una puesta de sol con sus infinitos matices contemplados podría llegar a no cansarnos nunca. Siempre, como he dicho con anterioridad, que mantuviéramos viva la capacidad de asombro. Esto no llegamos a admitirlo porque en este mundo nos obliga el sentido de la utilidad, de la concreción por la utilidad inmediata, y nos preguntaríamos entonces, ¿para qué me es útil una puesta de sol? Y el siguiente paso, es decir, entonces, ¿para qué me es útil la belleza?

Volviendo al tema de la imagen, el artista tiene también la última palabra al seleccionarla, escogerla y transmitirla. De lo que libremente escoja en sus imágenes para incorporarse al mundo de la imagen, a la cultura de la imagen, él es el responsable. También cuando selecciona imágenes que no son esencialmente bellas sino que son denuncias, cuando muestra imágenes del lado oscuro del mundo, de sus deficiencias. En cualquier caso, no es, creo, el espectador de imágenes el responsable. El artista se adelanta con su ojo al ojo del espectador y le muestra una sección, un encuadre específico del mundo. Siempre que veo una fotografía pienso lo

mismo. El fotógrafo ha seleccionado libremente un aspecto concreto del mundo, de un rostro o de un paisaje. Incluso ha seleccionado el tiempo, haciendo, podríamos decir, un corte en el tiempo: lo que vemos en ese gesto de esa fotografía es un instante, ya pasó y no volverá a pasar nunca así exactamente, no se repetirán jamás los matices de ese gesto, por tanto el fotógrafo recorta un segundo del tiempo, con sus gestos y con cuanto ello conlleva, y nos lo entrega. Roba un trozo de tiempo de una vida, aunque sea minúsculo. Y eso es lo que nos muestra. Él es el responsable, él es el que tiene la última palabra en esa elección. Nosotros vemos lo que él ha elegido. Esto no solo en la fotografía sino en el cine, video, televisión, arte en imagen en general. Además de cuanto podemos elegir nosotros constantemente con nuestra pupila, el artista nos entrega su elección, aquello que él cree que nos debe transmitir. De ahí también su libre responsabilidad. Millares o millones de ojos ven esa elección del artista que - a su manera, al elegir - en esa cultura de la imagen, está diciendo, de algún modo, su última palabra.

*A.S.L.: He de reconocer que me ha gustado el título *El Ojo y la palabra*, pues, a mi juicio, lo más relevante es el y. Tal vez, la historia de las imágenes ha olvidado este y e interpreta la cuestión como la elección de*

una disyuntiva. A mi juicio la tragedia es ver las cosas bajo el prisma de la disyuntiva. Le pasó así a Cyrano de Bergerac, donde la trama es la disyuntiva entre la imagen y la palabra, como si el binomio fuera utópico. Desde este punto de vista, y de acuerdo con su obra, ¿cómo ayudar a expandir esta maravillosa utopía?

J.J.P: No creo que haya pensado demasiado a la hora de poner ese y en el título de “El ojo y la palabra”. Salió así porque creo que las dos cosas van unidas y no se puede elegir una u otra.

En cualquier caso, es un convencimiento. El ojo es, creo, lo último que queda del ser humano, el color de la pupila, el ojo entreabierto antes de partir, especialmente ese color, como digo, que encierra cada ojo. Se empobrecen los miembros, los músculos, los movimientos, también las palabras, al fin esas palabras van quedando en monosílabos e incluso reemplazadas por gestos. En el caso del ojo, cuando uno está a punto de abandonar la vida, y mucho antes también, en los meses o semanas anteriores, el ojo va quedándose quizá estático, perdido, sin fuerza de fijeza, pero, aunque palidezca algo, nunca abandonará su primitivo color. Pueden estar satisfechos los (o las) que tengan un color de pupilas bonito, porque ese azul o ese color - el que sea- será lo último que se cierre. Además, cuando se emplea la expresión ante el momento de la

muerte, “Vamos a cerrarle los ojos”, se dice así, y no “vamos a cerrarle las palabras”, porque las palabras seguramente enmudecieron ya mucho antes.

Por otro lado, la palabra y el ojo van siempre de la mano. A través del ojo vemos el ejemplo que se nos da, y lo que le queda a un ser humano cuando permanece ya solo en la vida, con sus padres ya fallecidos, es el ejemplo de ellos, lo que VIO en la familia y en la vida, no tanto lo que le dijeron. Pocas personas guardan palabras muy numerosas y aleccionadoras de sus padres y educadores, pero en cambio sí se ha quedado en su retina aquello que vio con sus propios ojos, actitudes y ejemplos, buenos y malos, que indicaban coherencia o no coherencia respecto a las palabras que se pronunciaban a lo largo de su educación. Por tanto, el ojo que nos ve en los hijos o en los alumnos recoge más lecciones aún que las palabras. Ese ojo además es el que paseamos a través de la vida en general: viajes, acontecimientos, fluir incesante de palabras cotidianas, etc. Pienso a veces que las palabras se desgastan porque se usan mal y se abusa de sus contenidos, y el ejemplo de la política y los políticos en general en el mundo -con ese desfile de sucesos, líderes, elecciones, promesas, etc.- hacen que uno devalúe la palabra

escuchada. El ojo también juzga todo eso, pero, como siempre, es el ejemplo el que va viendo el ser humano, y aunque le llegue también el escepticismo ante lo que ve, es distinto al escepticismo o a la incredulidad ante tantas promesas de palabras.

Hay otra reflexión que conviene hace al hilo de esto. Entrando en el terreno del cristianismo, Cristo no utilizó sólo el ejemplo de su vida para realizar la Redención, sino continuamente su palabra. No dejó, pues, solamente que las gentes le vieran desde los ojos asistentes sino que los oídos de esos asistentes le escucharan. San Pablo recuerda que la fe entra por el oído, y a ese oído hay que hablar con palabras. Por tanto, para extender el cristianismo (y si nos vamos a cualquier otro aspecto de la vida es igual) el ejemplo únicamente no sirve por completo, aunque el ejemplo arrastra. Cuando antes hablábamos del ejemplo en la familia, indudablemente eso es lo más difícil. Es una gimnasia interior continua y costosa, mucho más costosa de llevar a cabo que el fluir de las palabras. (Todas las casas están llenas de palabras desde el inicio del día a la noche, las madres especialmente se vuelcan en palabras hacia sus hijos y su formación, sencillamente porque, en principio, están más tiempo con ellos que sus padres. Pero creo que

ese fluir de palabras tan necesario, incluso un hijo lo puede esquivar, hartado, en determinadas edades, de escuchar lo mismo: Lo que es mucho más difícil que esquivar es el ejemplo, a veces sin palabras: un ejemplo coherente y firme, en el que se pueden mirar los hijos como en un espejo. Después, naturalmente, ejerciendo su libertad, harán lo que quieran). Pero insisto en esta pequeña valoración porque creo que el mundo actual está sobrecargado o saturado de palabras, - además de las imágenes - y, como he dicho antes, hay un empobrecimiento de las palabras, muchas palabras se manipulan como mentiras, y el excelso valor de la palabra - hasta que uno “dé su palabra” a otro - se ha vaciado muchas veces de contenido.

La palabra, pues, tiene un cometido excepcional en el mundo de hoy. Gracias a las palabras pueden nacer los diálogos (ahora, en este mundo globalizado) y no sólo con el ojo.

Pero se ve que hay muchos matices que considerar. Por tanto, el ojo y la palabra van unidos. Ese “y” que enlaza las dos cosas es importante para que vayan hermanadas, y con ambas cosas se configura la vida, aunque ahora parezca que sólo destaca el ojo, entregado a veces obsesivamente al mundo de la imagen.